

CÓMO MURIÓ EUFEMIO ZAPATA

UN TEMERARIO DUELO A TIROS

SIDRONIO CAMACHO, CORONEL DE LAS TROPAS
DE EUFEMIO, LO MATÓ POR UNA VENGANZA

Zapata había azotado públicamente, horas antes, al padre de Sidronio,
un anciano comerciante de Cuautla, Morelos; y cuando,
después de una intensa búsqueda, el coronel halló al general
y lo insultó, éste propuso un duelo y le tocó morir

En un duelo a balazos con uno de sus más valientes subordinados, murió el general Eufemio Zapata, el hermano del caudillo suriano.

Ebrio, dando traspiés, disparando su pistola sin buscar el cuerpo de su rival –mientras que éste, de rodillas, le hacía disparos con su carabina–, Eufemio cayó acribillado a balazos, pero todavía con vida y desafiando a su subordinado.

El convencionismo

Fue en la calle principal de Cuautla, Morelos, donde el hermano del famoso guerrillero del sur perdió la vida a manos del coronel Sidronio Camacho.

Eufemio Zapata no tenía la visión de futuro que tenía su hermano Emiliano. Era más campesino; más duro; pero muy valiente.

Junto con Emiliano, se había lanzado a la lucha armada desde 1910, habiendo concurrido a las acciones de guerra más notables en las cuales había dado todo lo que puede dar un hombre de valor y de audacia.

Tenía cinco o seis años más que Emiliano, pero sentía gran respeto por su hermano menor, a quien siempre llamaba “El hermano”. Cuando preguntaba por el jefe del movimiento revolucionario suriano, decía: “¿Ha visto usted al hermano?” Cuando saludaba a Emiliano, invariablemente le interrogaba: “¿Cómo está el hermano?”

“El Hermano” tenía para él gran cariño. Le daba siempre las comisiones de más confianza y, fiado en su valor, lo enviaban a los lugares más comprometidos en el combate.

No era Eufemio general, por el hecho de ser el hermano del jefe del movimiento. El grado lo conquistó como lo habían conquistado otros valientes.

EUFEMIO EN EL PALACIO NACIONAL

El carácter sencillo, a la vez que marrullero, de Eufemio Zapata, queda descrito a grandes rasgos en los siguientes párrafos del libro de Martín Luis Guzmán *Bajo la sombra de Pancho Villa*.

La escena se desarrolla en esta capital, en la época en que los zapatistas la dominaban. El hermano de Emiliano tenía a su cargo la custodia del edificio, cuando Eulalio Gutiérrez, presidente de la República nombrado por la Convención de Aguascalientes, se presentó a tomar posesión. Martín Luis Guzmán relata:

Quiso Eulalio Gutiérrez que antes de instalarse su gobierno hiciéramos una visita al Palacio Nacional.

Allí llegamos esa misma tarde él, José Isabel Robles y yo. Eufemio Zapata, en cuyo poder se hallaba el edificio, salió a la puerta central a recibirnos, y empezó a hacernos, desde luego, los honores de la casa. De este momentáneo papel suyo –acoger al nuevo presidente en su propia mansión gubernativa e iniciarlo en los

José C. Valadés

esplendores de sus futuros salones y oficinas–, Eufemio parecía penetradísimo, a juzgar por su comportamiento. Según fuimos apeándonos del automóvil, nos estrechó la mano y nos dijo palabras de huésped rudo, pero amable.

Mientras duraban los saludos, miré en derredor. El coche se había detenido, rebasando apenas la puerta, bajo una de las arcadas del gran patio. Lejos, en el fondo, iban a encontrarse en ángulo las dos líneas senoidales formadas por los blancos macizos de la arquería y la penumbra de los vanos. Un grupo de zapatistas nos observaba a corta distancia, desde el cuerpo de guardia; otros nos veían por entre las pilastras. La actitud de aquellos grupos ¿era humilde? ¿era desconfiada? Su aspecto más bien despertó en mí un mero sentimiento de curiosidad, por el escenario de que formaban parte. Porque, a no dudarlo, aquel palacio, que tan idéntico a sí mismo se me había mostrado siempre, me hacía ahora, vacío casi, y puesto en manos de una banda de rebeldes semidesnudos, el efecto de algo muy nuevo y muy raro.

No subimos por la escalera monumental, sino por la de honor. Como portero que enseña una casa que se alquila, Eufemio iba por delante. Con su pantalón ajustado –de ancha ceja en las dos costuras exteriores–, con su blusa de dril –anudada sobre el vientre– y con su enorme sombrero ancho, parecía simbolizar conforme ascendía de escalón en escalón, los históricos días que estábamos viviendo: los simbolizaba por el contraste de su figura, no humilde, sino zafia, con el refinamiento y la cultura de que la escalera era como un anuncio. Un lacayo del palacio, un cochero, un empleado, un embajador, habrían subido por aquellos escalones sin desentonar con la dignidad, grande o pequeña, inherente a su oficio y armónica dentro de la jerarquía de las demás dignidades. Eufemio subía como un caballero que se cree de súbito presidente. Había en el modo como su zapato pisaba la alfombra una incompatibilidad entre alfombra y zapato; en la manera como su mano se apoyaba en la barandilla, una incompatibilidad entre barandilla y mano. Cada vez que movía el pie, el pie se sorprendía de no tropezarse con las breñas; cada vez que alargaba la mano, la mano buscaba, en balde, la corteza del árbol o la arista de la piedra en bruto. Con sólo mirarlo a él se comprendía que faltaba allí todo lo que merecía estar a su alrededor, y que sobraba, para él, cuanto ahora se veía en su entorno.

Pero, entonces, una duda terrible me asaltó: ¿y nosotros? ¿Qué impresión produciría en quien lo viera en ese mismo momento, el pequeño grupo que detrás de Eufemio formábamos nosotros: Eulalio, Robles y yo? Eulalio y Robles, con sus sombreros tejanos, sus caras intonsas y su aspecto inconfundible de hombre incultos; yo, con el eterno aire de los civiles que en México se meten a políticos, instrumentos adscritos, con ínfulas de asesores intelectuales, a caudillos afortunados, en el mejor de los casos, o a criminales disfrazados de gobernantes.

EL CANDOR DE EUFEMIO

Arriba, Eufemio se complació en enseñarnos, uno a uno y sin fatiga, los salones y aposentos de la presidencia. Alternativamente, resonaban nuestros pasos sobre la brillante cara del piso, en cuyo espejo se insinuaban nuestras figuras, quebradas por los diversos tonos de la marquetería, o se apagaba el ruido de nuestros pies en el vellón de los tapetes. A nuestras espaldas, el *tla-tla* de los huaraches de los zapatistas, que nos seguían de lejos, recomenzaba y se extinguía en el silencio de las salas desiertas. Era el rumor dulce y humilde. El *tla-tla* cesaba a veces largo rato, porque los dos zapatistas se detenían a mirar algún cuadro o algún mueble. Yo, entonces, volvía la cara y contemplaba a los dos zapatistas, los cuales, a distancia, parecían como incrustados en la amplia perspectiva de las salas. Formaban una doble figura extrañamente lejana y quieta. Todo lo veían muy juntos, sin hablar, descubiertas las cabezas, de cabellera gruesa y apelmazada, humildemente cogido con ambas manos el sombrero de palma. Su tierna concentración, azorada y casi religiosa, sí representaba allí la verdad. Pero, nosotros ¿qué representábamos? ¿Representábamos algo fundamental, algo sincero, algo profundo, Eufemio, Eulalio, Robles y yo? Nosotros lo comentábamos todo, sonriente el labio y con los sombreros puestos.

Frente a cada objeto, Eufemio daba, sin reserva, su opinión, a menudo elemental y primitiva. Sus observaciones revelaban un concepto optimista e ingenuo de las funciones gubernativas. “Aquí –nos decía– es donde los del gobierno platican.” “Aquí es donde los del gobierno bailan.” “Aquí es donde los del gobierno cenan.” Se comprendía a leguas que nosotros, para él, nunca habíamos sabido lo que era estar bajo un techo ni teníamos la menor noción del uso a que se destinan un sofá, una consola, un estrado. En consecuencia, nos ilustraba. Y todo iba diciéndolo en tono de tal sencillez que a mí me producía verdadera ternura. Ante la silla presidencial declaró, con acento de triunfo, con acento cercano al éxtasis: “¡Esta es la silla!” y luego, en un rapto de candor envidiable, añadió: “Desde que estoy aquí vengo a ver esta silla todos los días, para irme acostumbrando. Porque –afigúrese nomás– antes siempre había creído que la silla presidencial era una silla de montar”. Dicho esto, se dio Eufemio a reír por su propia simpleza, y con él reímos nosotros. Pero Eulalio, que desde hacía rato se quemaba por soltarle una cuchufleta al general zapatista, se volvió a él, y poniéndole suavemente una mano sobre el hombro, le lanzó este dardo con su voz meliflua y acariciadora:

—No en balde, compañero, se es buen jinete. Usted, y otros como usted, deben estar seguros de llegar a presidentes el día que sean así las sillas que se les echen a los caballos.

Eufemio, como por encanto, dejó de reír. Se puso sombrío, siniestro. La agudeza de Eulalio, demasiado cruel y, acaso, demasiado oportuna, le había tocado en el alma.

—*Bueno*—dijo instantes después, como si no quedara ya nada digno de verse—; *vamos ahora allá abajo, a las cocheras y a las caballerizas. Las miramos un poco y luego los llevaré a las piezas donde estoy viviendo con otros compañeros.*

Vimos con espacio las cocheras y las caballerizas, aunque más para satisfacción de Eufemio que nuestra. Entre colleras, riendas, bocados, tirantes—todo oloroso a cuero engrasado y crujiente—mostró él una increíble suma de conocimientos precisos. De caballos, igual de criarlos que de arrendarlos y lucirlos, parecía saber no menos. De todo esto nos habló con entusiasmo, que le hizo olvidar el incidente de la silla, y luego nos guió hacia la parte que ocupaban en el palacio él y su gente. Eufemio había encontrado habitaciones a su gusto en el más mezquino y escondido de los traspatios. Sin duda, se daba bien cuenta de la excesiva ruindad de su refugio, pues trataba de adelantarse a las críticas, declarando de antemano cuál era el carácter de su morada.

—*Estoy allí*—nos dijo— *porque como siempre he sido pobre, en cuartos mejores no podría vivir.*

LA GUARDIA DE EUFEMIO

Aquel sitio era, en verdad, algo abominable. Cuando entramos en él, sentí que me ahogaba. La pieza, de medianas dimensiones, estaba provista de una sola puerta; no tenía ninguna ventana. Cincuenta, ochenta, cien jefes y oficiales zapatistas se encontraban en ella al entrar nosotros. Estaban amontonados, apiñados. La mayoría se conservaba en pie, cuerpo contra cuerpo, o en grupos que se abrazaban. Otros estaban sentados sobre las mesas. Otros yacían sobre el suelo, hacia las paredes y los rincones. Muchos tenían en la mano una botella o un vaso. Todos respiraban una atmósfera lechosa y pestilente, donde se mezclaban infinitos humores y el humo de mil cigarros. Quién más, quién menos, todos estaban borrachos. Un soldado cuidaba de que la puerta se mantuviera constantemente cerrada, para que no entrasen por ella ni las miradas ni la luz. Dos lámparas eléctricas brillaban apenas, pequeñísimas, en aquel ambiente de niebla confinada, húmeda, asfixiante.

Nuestra presencia no fue notada al principio. Después, a medida que Eufemio pasaba entre los grupos y decía algo en voz baja, se nos observó sin desconfianza y hubo muestras de un recibimiento cordial. Pero eran signos raros, casi

El convencionismo

imperceptibles. Sin lugar a duda, acabábamos de caer en un mundo distinto del nuestro, tan distinto que lo desconcertábamos con sólo llegar, y luego hacíamos que durara el desconcierto, pese al deseo en contrario de todos, el de los otros y el nuestro. Ellos, salvo unos cuantos, evitaban mirarnos cara a cara; nos dirigían mirada de soslayo, bajaban la vista. En vez de hablar con nosotros, cuchicheaban entre sí. Y de rato en rato nos volvían la espalda para empujar mejor la botella o vaciar el vaso.

Eufemio y los más próximos a él nos invitaron a tomar.

—*¡A ver, unos vasos!* —gritó Eufemio.

Y hubo un medroso alargarse de manos que depositaron, en una esquina de la mesa, hasta cinco o seis vasos sucios. Eufemio los alineó y sirvió tequila sobre las heces. Bebimos en silencio. Eufemio vertió más tequila. Volvimos a beber. Eufemio volvió a servir... conforme bebía, Eufemio se iba excitando. Primero se puso alegre; luego jovial; luego, entre pensativo y sombrío. A la quinta o sexta copa se acordó en voz alta de la silla presidencial y del chiste de Eulalio. “Aquí, el compañero, cree —dijo dirigiéndose a los suyos— que Emiliano y yo, y otros como nosotros, seremos presidentes el día que se ensillen los caballos con sillas presidenciales como la que está allá arriba”. Hubo entonces un silencio profundo, roto sólo por la risita burlona de Eulalio. Eufemio, sin embargo, como si nada hubiese dicho ni nada pasara, sirvió más tequila. Una vez más, los vasos se confundieron y una vez más nos dispusimos a beber los unos sobre la baba pegajosa de los otros... Pero al llegar este momento, Robles empezó a mirarme con fijeza y luego muy al disimulo, me hizo diversas señas con los ojos. Yo entendí, apuré la copa y me despedí de Eufemio.

Una hora más tarde, cuando regresaba a Palacio, seguido de toda la escolta de Robles, vi, al acercarme a la acera, que Eulalio y Robles salían tranquilamente por la misma puerta por donde habíamos entrado allí durante las primeras horas de la tarde.

—*Gracias* —dijo Eulalio al verme—. *Por fortuna, la escolta ya no se necesita: tenían tal ansia de embriagarse, que no les ha quedado tiempo ni de pelear con nosotros. De todas maneras, la preocupación no era inútil. Lo que me asombraba era que Robles y usted se hayan entendido sin hablar.*

UN GRAN BEBEDOR

Desde muy joven, Eufemio gustaba de beber y bebía como ningún suriano. Emiliano bebía también, pero tenía un límite. Además, jamás se alteraba.

En cambio, el mayor de los Zapata no podía ocultar, en sus últimos años, su degeneración alcohólica. El “resacado” –famoso aguardiente morelense de noventa y seis grados– era su bebida favorita; su única bebida.

Con tranquilidad pasmosa, de un solo sorbo pasaba un “fajo” de resacado, y luego otro y después un tercero y un cuarto. Sólo meneaba la cabeza, apretaba los labios y cerraba ligeramente los ojos.

Cuando pasaba del cuarto “fajo” –medida de una copa de las proporciones de un vaso–, para seguir bebiendo se ayudaba con puños de “pico de gallo”, famosa ensalada de los galletos de Morelos y de Guerrero: picadura de cebolla, ajo y chile, rociada de sal.

Pero si Eufemio llegaba al cuarto “fajo” de resacado, aparentemente tranquilo, apenas empezaba a aumentar el número de vasos, un ligero *tic* que minuto a minuto era más notorio, le asaltaba el ojo izquierdo, y a veces le aparecía en el derecho.

Y cuando el *tic* aparecía en el ojo, surgía otro Eufemio. Si en su estado normal era un león; en estado de ebriedad era un energúmeno. Tenía delirio, entonces, por “untar la sábila”, término que él mismo empleaba cuando golpeaba a alguna persona con su sable, recordando, quizás, la costumbre que los padres de familia en Morelos tenían por golpear a sus hijos malcriados con las pencas de sábila.

El jefe del ejército revolucionario del sur le había reprendido numerosas veces; la mayoría de ellas con energía. Pero Eufemio estaba perdido moral y físicamente.

ATROPELLOS A LOS COMERCIANTES

En los últimos meses de su vida, y estando al frente de las fuerzas zapatistas en Cuautla, había dado por “untar la sábila” a los comerciantes.

Visitaba frecuentemente las tiendas, preguntando por el precio de los comestibles o de las telas, mostrándose indignado de los altos precios que pedían los comerciantes y, autoritariamente, señalaba los que habían de regir.

Los comerciantes aceptaban las proposiciones del general por el momento, pero luego volvían a aumentar el precio de su mercancía. Eufemio vigilaba y pronto descubría que sus órdenes eran desobedecidas y para castigar a los desobedientes comerciantes, se presentaba inesperadamente en las tiendas,

El convencionismo

hacía salir a los propietarios a la mitad del arroyo y ahí les zumbaba con el sable, hasta dejarlos más muertos que vivos.

Pronto los comerciantes se quejaron al jefe de las fuerzas surianas, quien llamó a su hermano al cuartel general en Tlaltizapán, haciéndole una severísima reconvencción.

Regresó Eufemio a Cuautla en estado de ebriedad. Muy herido se sentía por las palabras de su hermano y para conformarse, según dijo, bebió durante toda una noche –la última de su vida– y siguió durante el día.

Había bebido tanto que difícilmente se podía tener en pie, pero pudo recorrer las tiendas y dar nuevo castigo a los comerciantes, con tanta o más dureza. Y entre los comerciantes a quienes golpeó se encontraba el señor Camacho, padre de uno de los jefes zapatistas más audaces.

“EL LOCO SIDRONIO”

Después de golpear a los comerciantes, continuó libando en compañía de varios amigos. Agotado físicamente, se dirigía a un hotel para descansar, cuando en la calle principal de Cuautla se encontró al coronel Sidronio Camacho.

No había en las filas zapatistas quien no conociera al coronel Camacho. Le llamaban el “Loco Sidronio” por la forma desesperada, loca, como se arrojaba sobre el enemigo en los combates. Grandes y numerosas proezas se referían del “Loco Sidronio” por quien la gente sentía enorme respeto.

Era oficial de las fuerzas del general Eufemio Zapata y éste lo distinguía en forma muy especial.

—*General, lo andaba buscando* –dijo el “Loco Sidronio” a Eufemio, deteniéndolo.

—*¿Para qué me quieres?* –le preguntó el general, quien apenas podía detenerse en pie.

—*Para decirle que usted no es hombre, porque si lo fuera, en lugar de haber golpeado a mi padre, que ya es anciano, debió usted entenderse conmigo...*

—*Y tú, Loco, ¿cómo te atreves a hablar así a tu jefe?*

—*¡Porque mi jefe es un cobarde!* –contestó, violento, el coronel Camacho.

—*¡A mí no me dice nadie cobarde, tal por cual!*... –gritó el general.

Y Eufemio, convertido en una fiera, lanzó los más duros epítetos a su subordinado, añadiendo:

—Y para que veas lo que es Eufemio Zapata, nos las vamos a entender, hombre a hombre... Retírate para no matarte aquí, y para que te defiendas...

LA TRAGEDIA

El general sacó su revólver, retrocediendo unos cuantos pasos, mientras que el “Loco Sidronio” hacía lo mismo.

Camacho tomó en sus manos la carabina que llevaba al hombro; rápidamente llegó hasta la esquina de la calle; y poniéndose de rodillas esperó el ataque del general.

Viendo a su rival en actitud de defensa, el general hizo un disparo, luego otro, y empezó a avanzar. Dando traspiés, se aproximaba a Camacho, disparando su revólver sin hacer blanco.

El “Loco Sidronio”, en cambio, perfectamente apostado, hacía disparo tras disparo, haciendo siempre blanco.

Cubierto de sangre, lanzando blasfemias y tambaleándose, y mientras que la gente veía sorprendida tan sin igual combate, Eufemio se fue acercando a Camacho, hasta caer casi sin vida.

—*¡Cobarde!* —le gritó todavía— *¡Traidor!*

El coronel Camacho, al ver tendido al general, corrió a su cuartel, sacó a su gente, recogió el cuerpo todavía con vida del hermano del caudillo suriano, lo colocó sobre el lomo de una mula y salió huyendo de Cuautla, para ir a rendirse a los carrancistas pero la fuga del “Loco Sidronio” era tan precipitada, que a cuatro o cinco kilómetros de Cuautla dejó abandonado el cadáver del general.

Cuando Emiliano Zapata fue informado del trágico fin de su hermano, salió a batir a Camacho, a quien no logró dar alcance.

Regresó a su cuartel general en Tlaltizapán, y durante muchos días no habló una sola palabra ni con sus más íntimos amigos y compañeros.

—*¡Lástima que Eufemio no haya muerto peleando con el enemigo!* —fue el único comentario que hizo el jefe de la revolución del sur.

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 27 de marzo de 1932, año VI, núm. 194, pp. 1-2.